

América Latina, 1810-2010. Filosofía, Religión y Política en el Espacio Antropológico. Una Teoría de la Comunicación y la Cultura

Javier del Rey Morató

Editorial Fragua

Madrid, 2010. 303 páginas.

Por medio del espacio antropológico, constructo filosófico tomado de Gustavo Bueno y adaptado para dar respuesta a la realidad latinoamericana, el autor construye una teoría de la comunicación y de la cultura a través de los planteamientos de los pensadores iberoamericanos de los siglos XIX y XX. Este espacio antropológico, ejercicio hermenéutico creado para dar razón del hombre, es vertebrado por medio de tres ejes: el circular (relación entre los hombres), el radial (conexión del hombre con la naturaleza) y el eje angular (el hombre frente a los númenes, en el que se encuentra la religión). A partir de este esquema previo en el que la vertebración tripartita no determina compartimentos estancos, donde el tráfico de influencias se da *inter* e *intra* ejes y la memoria histórica actúa a modo de dinamizador del sistema, se va rellenando la malla por medio de las diferentes ideologías, entendidas como la relación entre un planteamiento filosófico y su política. Estas ideologías son estructuradas por el autor a modo de peldaños heurísticos para dar respuesta a una exposición diacrónica apegada a la realidad y alejada de planteamientos teleológicos.

Del Rey Morató se refiere al estado de las repúblicas hispanoamericanas independizadas políticamente pero colonizadas mentalmente con el término *emancipación*. En los primeros compases de la nueva realidad se presta atención a los intentos por liberar los ejes radial y circular de la tutela opresiva del eje angular. El progresismo abstracto y el positivismo se encargarían de ello. La sociología positivista nos muestra el primer gran proyecto al servicio de las élites y la construcción del Estado: siguiendo a Comte, orden y progreso como superadores del período teológico colonial y del metafísico insurreccional. Nos encontramos, en mi opinión, ante el estado positivo como ideología sustentadora del importante proceso de legitimación.

Las diferencias entre el espacio hispano y el luso constituyen un eje de análisis transversal en toda la obra y en numerosas ocasiones son manifestadas por Leopoldo Zea a través del autor. Estas divergencias van más allá de la dispersión hispana y la concentración brasileña, además, se centran también en la incapacidad para conciliar presente y pasado en los hispanoamericanos y en la construcción del porvenir desde la tradición orquestada en Brasil. En este país su pragmatismo y posibilismo de raigambre portuguesa contrasta con la fuerza y el voluntarismo hispanoamericano en la asunción de las nuevas corrientes; transición lusa frente a ruptura hispana.

Los discretos resultados del positivismo brasileño y la sensación de fracaso en el resto están muy relacionados con la deficiente relación entre teoría y realidad. Nos inclinamos por decir que la superestructura se importaba y la inaprensible infraestructura se ignoraba.

Dadas las circunstancias, el desencanto con esta nueva panacea no tarda en llegar. Como le sucedió a la escolástica, el positivismo comienza a ser cuestio-

nado. Cuando lo único que queda es un orden sospechoso y el progreso sigue siendo el gran ausente, el positivismo termina convirtiéndose en un problema más que en una solución. Como observa Risieri Frondizi, negaba la libertad del hombre, reducía la creatividad a un modelo mecanicista, la estética no encontraba su lugar y la libertad política, quizás la única alcanzada, se transmutaba en dictadura. Diferentes variantes de espiritualismo comienzan a sentar las bases de una crítica naciente. Podríamos decir que se apuesta por la gnoseología frente a la epistemología y se camina hacia un modelo holístico.

El siglo XX vivió entre el ataque revolucionario y la defensa reformista sin que ninguno acabara de dar con la fórmula regeneradora. Sin embargo, considero que el socialismo es la única solución que queda. Una versión libre y ausente de dogmatismo como la defendida en los primeros años de la Revolución Cubana podría conducir a la nunca alcanzada independencia. Este último planteamiento entronca con la última exposición del autor, con la más reciente y apegada a la realidad de las corrientes de pensamiento iberoamericanas. La filosofía de la liberación plantea la deconstrucción de la modernidad, la toma de conciencia de la condición de periferia y la denuncia de las estructuras de opresión a través de dos categorías fundamentales: el mestizaje y la frontera, incorporar al indio, a las minorías, rescatar el valor de lo sincrético y recuperar el centro desde el discurso.

Por último, cabría apuntar dos aspectos que hacen más que recomendable la lectura de este trabajo, uno estético y otro ético. Entendiendo que toda estética responde a una antigua ética podríamos resumirlo de este modo: el autor nos remite a ricos matices y tonalidades que huyen de la representación de groseros planteamientos binarios y dicotomías metodológicas irresolubles del tipo materialismo versus idealismo. Ni la superestructura se queda en el altillo del olvido ni la infraestructura presenta la imposibilidad de ser influida por el aparato ideológico cultural.

Daniel Rodríguez Suárez
Universidad de Lovaina (Bélgica)